

JUÁREZ, Rafael. Estepa (Sevilla), 1956. Poeta y editor.

Nacido en Estepa (Sevilla) en 1956 y residente en Granada desde 1972, Rafael Juárez es licenciado en Filología Hispánica. Durante la Transición Democrática, participó activamente en proyectos culturales y de reivindicación política como el programa de radio “Poesía en movimiento” junto a Juan de Loxa, entre otros, y la revista *Letras del Sur*, en la que colaboró en monográficos cuyos títulos dan idea del compromiso político, social y cultural del momento: “Literatura y república”, dedicado a la Generación del 27; “Literatura y erotismo”; “Literatura en Andalucía”, vinculado a las ideas regionalistas puestas de actualidad por el debate autonómico de la época, y el monográfico dedicado al décimo aniversario de “Mayo del 68”. Alrededor de 1978 experimenta un cierto desencanto de la política y, sin abandonar su precedente compromiso ético y social, retorna a la actividad literaria que venía cultivando desde la adolescencia; es entonces cuando decide plenamente dedicarse a la poesía. Entre 1979 y 1992 regentó la librería “Al-Andalus”, en Granada. Posteriormente trabajó como editor en el Servicio de Publicaciones de la Diputación granadina. En la actualidad es secretario del Patronato de la Fundación Francisco Ayala.

En 1980 publica su primera *plaque* de poesía, *La otra casa*. De esta serie de poemas Rafael Juárez salvó tres para el libro que, con el título *Otra casa*, publicaría seis años después. *Otra casa* se completaba con poemas procedentes de la *plaque* *Emblemas y conversaciones* (1982) y *Correspondencia* (1984), junto con doce poemas inéditos agrupados en la última sección titulada “Mutaciones”. De este libro dijo José Gutiérrez: “Su técnica poética se sustenta en el monólogo y en la reflexión, en una vida interior rica en emotividad, en una peculiar metafísica de los sentimientos, contemplados desde una óptica intelectual”. Tanto en esta obra como en la siguiente entrega, *Las cosas naturales* (1990), adelantado en la *plaque* *Fábula de fuentes*, Rafael Juárez se muestra como un profundo renovador “de la “lyra mínima”, a partir de modelos como *Canciones* de Federico García Lorca y *Cancionero de Ausencias* de Miguel Hernández. *Las cosas naturales*, en palabras del autor, es resultado de su meditación sobre el mundo de la infancia y su relación con la poesía. De ahí la importancia que en la obra adquiere la canción y, en concreto, el modelo de Miguel Hernández. La brevedad en la expresión, la justeza en el decir será, desde sus comienzos, uno de los rasgos más reconocibles de su trabajo. En 1989, la siempre atenta Biruté Cipliauskaitė elogia la poesía de Rafael Juárez por su carácter renovador de la voz lírica española, poniéndola en relación con la poesía de Antonio Carvajal y Rosaura Álvarez: “En las últimas décadas el círculo de Granada ha producido varias voces altamente líricas que se distinguen, además, por su sabiduría técnica consumada, sea en la recreación de la canción popular, como Rafael Juárez, sea en la emulación de los grandes maestros de la metáfora del Siglo de Oro, como Antonio Carvajal (...)”. En 1995, publica *Aulaga*, definido por el autor, en un revelador guiño romántico, como “un libro de paseante por la naturaleza”. Un año más tarde aparece *La herida*, un libro de sonetos escritos entre 1992 y 1995. Posteriormente ha publicado *Lo que vale una vida*, libro que acusa un nuevo registro temático y que incorpora, en el aspecto formal, la décima clásica a su poesía, si bien ya en *Aulaga* incluía algunas décimas blancas heptasilábicas. La ya citada antología *Para siempre*, con poemas escritos entre 1978 y 1999, cierra por el momento su producción poética en libro, si bien ha publicado posteriormente nuevos poemas en revistas diversas y algunas *plaque*s como *La fuente de la bicha* (Cuadernillos Torre de la Vela, 2003) y *La novia nueva* (Vitolas del Anaís, 2005) con cinco poemas inéditos en cada una.

Excelente cultivador de las formas clásicas, a las que, como ha señalado Antonio Carvajal, somete a un complejo proceso de experimentación, el poeta se ha mostrado también como un audaz renovador de los viejos tópicos del *Beatus ille* particularmente en *Aulaga*, en el que aparece el que la vida retirada alivia, pero no redime al poeta de la melancolía existencial que le consume: “Dónde iré que no vengáis, / soledad, melancolía”; y del *Aurea mediocritas* en *Lo que vale una vida*, también contaminado de la sombra de un fatalismo que justifica y, al mismo tiempo impide la realización última del tópico, como se colige de estos versos de intenso sabor machadiano: “el camino, la casa, / los amigos leales, / porque no volveremos”.

Es común a los libros de Rafael Juárez el cuidado en el orden de los poemas y en la disposición de sus diferentes secciones. En todos ellos, el primer poema informa a modo de prólogo del tono en el que debe ser leído el resto de los que comprenden la serie incluida en el volumen. Estos primeros poemas condensan los temas que van a ser explorados en sus variantes, sugerencias, repeticiones, desarrollos y consecuencias en los siguientes. Salvo en *Otra casa*, los poemas prólogo aparecen separados de las demás secciones. En este libro no ocurre así, pero resulta obvio que el primer poema de la primera sección tiene un carácter general, un primer grado de sentido que se extiende a lo largo de todo el poemario. En *La herida*, excepcionalmente, el poema del mismo título se encuentra en el corazón del libro, dividiendo el volumen en dos partes. No obstante, este poema y el primero de la primera sección, “El pasado se mueve” presentan ciertas analogías que permiten conservar en buena medida esta tendencia del autor respecto al carácter informador del poema de apertura con relación al libro al que da paso.

Son temas propios de su poesía el conflicto entre la vida y la literatura y la dialéctica verdad / mentira que entre ambas se establece, la meditación sobre el paso del tiempo, el amor, la reflexión sobre el presente y lo cotidiano, el concepto del espacio natural como lugar de reencuentro con el otro que es uno mismo al ser interrogado por un paisaje a menudo concreto y hasta reconocible, la comparación entre el tiempo sin tiempo de la naturaleza y la historicidad del tiempo humano, y, sobre todo, la aspiración a la felicidad y su búsqueda. Incluso en este punto el poeta resulta inusualmente moderno. Así, frente a la generalizada idea agustiniana de la atemporalidad del deseo de felicidad, el poeta acota el anhelo al decir en los versos iniciales del soneto “Lo que vale una vida”: “Estoy en esa edad en la que un hombre quiere, / por encima de todo ser feliz, cada día”.

Neobarroco para algunos, romántico para otros, Rafael Juárez es un poeta moderno, interpelado por el momento en que escribe, pero también consciente de la tradición poética a la que pertenece, la constituida por la mejor poesía española desde el Barroco al Modernismo, desde la vieja poesía popular hasta la poesía de los años cincuenta y la de sus contemporáneos. Entre sus influencias, el poeta cita siempre a Antonio Machado, Blas de Otero y Francisco de Aldana.

Rafael Juárez ha escrito: “Mi poesía ha evolucionado desde la oscuridad expresiva y la imprecisión sentimental hacia la claridad y la búsqueda de lo universal como materia del poema. Quiero escribir poesía directa, destinada a formar y mantener una emoción que pueda ser revivida por cada lector. La poesía es una forma de decir y las formas anodinas a las que dan lugar los prejuicios contenidistas, aunque la métrica de cada verso sea correcta, resultan endebles como poemas. Una forma anodina, mecánica o simplemente torpe no aguanta dentro una emoción, si es que alguna vez la puso el autor cuando escribía, o no permite que el lector acceda a ella, equiparándose así a las formas vanas, narcisistas. Los poemas no son textos efímeros, sino que aspiran a

perdurar en su literalidad, a alcanzar la comprensión del lector y a ser parte de su memoria”.

La atención fundamental al recuerdo, reiterada en el prólogo de *Para siempre* – “Los poemas se hacen, o se deberían hacer, para la perennidad, para la memoria”–, debe entenderse en un sentido amplio, no sólo estético sino radicalmente moral. En efecto, el poema no es sólo el texto bello que produce deleite, sino un instrumento de entender la vida y situarse frente al mundo. Así lo explica el poeta en una breve prosa de homenaje a Elena Martín Vivaldi publicada en la revista *Ínsula* en 2007, en la que de nuevo tropezamos con el paseante romántico en la naturaleza: “(...) caminando por el desfiladero de un río de piedra, fui consciente de la eficaz manera que tiene la poesía de cambiar el mundo: alojados en nuestra memoria, los versos cambian nuestra percepción de la realidad”.

OBRAS DE ~: *La otra casa*, publicaciones de la Librería Anticuaria El Guadalhorce, Málaga, 1980; *Otra casa*, Maillot amarillo, Diputación de Granada, 1986; *Fábula de fuentes*, Granada, Pliegos de vez en cuando, 1988; *Las cosas naturales*, Comares, Granada, 1990; *Aulaga*, prólogo de Antonio Carvajal, Cortalaire, Fundación Jorge Guillén, Valladolid, 1995 (reedición aumentada en Ediciones de Aquí, Benalmádena [Málaga], 2006 con prólogo ampliado de Antonio Carvajal); *La herida*, El Cantor, Palma de Mallorca, 1996; *Lo que vale una vida*, Pre-textos, Valencia, 2001; *Para siempre*, Comares, Granada, 2001.

BIBL. ~: CARVAJAL, A., “Glosas”, en JUÁREZ, R., *Aulaga*, Benalmádena (Málaga), Ediciones de Aquí, 2006; CELMA VALERO, P., “Rafael Juárez: ¿nuevo poeta neobarroco?”, *La página*, 25-26, 1996, pp. 47-52; CHICHARRO CHAMORRO, A., “Rafael Juárez: poesía para siempre”, *La aguja del navegante*, Diputación de Jaén, pp. 326-327; CIPRIJAUSKAITÉ, B., “La renovación de la voz lírica”, *Zurgai*, diciembre 1989, pp. 42-43; GUTIÉRREZ, J., “El silencio habitado (la poesía de Rafael Juárez)”, *Ínsula*, 488-489, 1987, p. 29; SORIA OLMEDO, A. (2000): *Literatura en Granada (1898-1998) II, Poesía*, Diputación de Granada, 2000; VARO ZAFRA, J., “La poesía de Rafael Juárez”, *Revue Romane*, 39.2, 2004, pp. 296-314.

J.V.Z.